

Discurso
UNA BALADA DE PAUL FORT.

Señoras y señores:

Así como nos hemos congregado hoy ante el estímulo doloroso de la muerte del poeta Rubén C. Navarro, las palabras que he de pronunciar han ido aglutinándose por virtud de una de las más hermosas baladas de Paul Fort, el delicadísimo bardoc francés.

Me permitireis, señoras y señores, que cite el primer verso:

"Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada".

Sí. Se alude a una muchacha y ello me ha impresionado como un hallazgo temático, porque juvenilmente enamorada se nos presenta el alma del cantor desaparecido. Sentirnos en el seno del regazo universal, comprendernos como/polaridades fecundas: resumir en los actos de nuestras conciencia las oposiciones más agudas entre las que podrían contarse las imperativas ansias de creación y las laxitudes mortales del abandono en el propósito; los afanes de imponer un orden a la naturaleza y la renuncia a todo ejercicio impositive hasta llegar a convertir en canto el ensueño de Budha: no desear nunca nada, soportarlo todo, hasta llegar a la voluntaria inconsciencia, meciéndonos a la vez con el arrullo del poema nervionario que glosa el pensamiento del Santo: Perfuma con las rosas, olva con los lotos y pasa con el viento que pasa; sentirnos mesías de la venganza o del sacrificio, ardiente por destruir castigando o/pardonar consumando redenciones; complir gozosos al pobrecillo de Asís prodigando su amor fraternal a todas las criaturas o disfrutar, así sea con la sola imaginación, del cuadro en que apreciaremos sembando la desolación en el mundo volviéndole la copa por el desencanto que en la suya nos dió a beber; patriarcas pastoriles de tribus de costumbres bíblicas, o jefes inmisericordes en predicación y trágicos episodios de vendetta; amar a la mujer de la gracia o buscar la muerte en las esterilidades del amor pecaminoso por infecundo. Sentir en los pálpitos más íntimos de nuestra vida estas oposiciones, considerarnos causas para engendrar en el espíritu y en las carne y recrearnos en la fruición que da la posesión de las singulares potencias de la voluntad; lanzar hacia los hombres y las cosas la creación lograda o el afán renunciado, proclamando el esfuerzo o la inhibición, la capacidad o la impotencia, la procesión de los medios o su ausencia si no es que desviación en el .

fracaso, eso es vivir. Hay almas que escogen la senda amososa para cumplir con su destino. Aman, aman siempre. Y es natural que canten, y que canten siempre el amor y al amor. El alma de Rubén amó intensamente y por ~~sí~~ eso es bello compararla con una muchacha enamorada que muere.

Y si la muchacha ha muerto, y ha muerto enamorada, agrega el sacerdote de la maternal poesía de Francia:

A enterrar la llevaron hoy en la madrugada
y la dejaron sola, sola y bandonada.
En el féretro sola la dejaron cerrada.

Y con este "encerrada en el féretro" que la necesidad de la traducción al verso — español modificó en el simple "cerrada" que es correcto, termina la primera estancia de la balada.

A enterrar llevaron a Rubén C. Navarro hace unos cuantos días ^{allá en Cabecera}, ~~recunada~~ en la heredad que soñaba dejar a sus hijos y a su esposa, ~~en su~~ si no con el sudor de su frente, en el sentido literal, si con el ensueño que le daba las concepciones; con la simpatía que despertaba y que se convertía en medios de todas clases para la faena productiva; con el amor que congregaba en su torno para la cruzada de la siembra—fe activa, esperanza cierta—no sólo a la esposa creyente y fervorosa, y a sus hijos que ofrecían la sumisión y la veneración admirativa, sino a los braceros con quienes se consideraba hermano en la comunión del esfuerzo. Esposa, hijos, braceros—hermanos todos en el espíritu, llevaron a enterrar al poeta, y como si recordaran el Idmgsil—árbol de la vida para la mitología nórdica, según la sabia palabra de Carlyle—cabaron su fosa bajo un árbol de la heredad y allí lo dejaron encerrado y solo, hoy en la madrugada, porque se puede decir hoy en un mundo en que los hombres han aprendido a cuantificar la eternidad y a conjugar el infinito. Y con el mismo derecho que decimos "hoy en la madrugada, porque los días nada son en la edad de lo eterno, celebramos el acierto de que el poeta descansase bajo un árbol que tal vez "in tertio die", al tercero — día del Evangelio, o en cualquier siglo de los hombres, demostrará la verdad del mito nórdico, convirtiéndose en árbol de la vida: con las raíces hundidas en las ^{el} regiones del ser y del no ser; ~~en su~~ tronco una existencia; cada hoja una palabra y cada flor un pensamiento.

Alegres regresaron a la nueva alborada,
Uno a uno cantaron alegres melodías:
Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada.
¡ Y se fueron al campo.....como todos los días..!.

Señoras y señores:

Os ruego que admitais que espiritualmente somos hermanos de los que enterraron a Rubén C. Navarro. Y os lo ruego por amor a la vida que demuestra tal verdad, si verdades es que aquí estamos, cantando uno a uno alegres melodías, porque estamos negando a la muerte. Vivo nos congregaba Rubén para escuchar su canto. Muerto sigue congregándonos. ¿ Dónde está, pues, la victoria de la muerte? El alma del poeta murió enamorada, y siguiendo la estructura fixíssima de la ~~la~~ ~~la~~ balada hermosísima de Paul Fort, digamos que murió enamorada de la vida cantada ~~cantada~~ con su propia poesía a la que agregamos algunas palabras de ~~Nietzsche~~ Nietzsche:

Y me asomé a tus ojos, Oh Vida,
y entonces creí caer en lo insondable,
pero tú me pescaste con anzuelos dorados
y sonreñas, Oh, la inasible , dulcemente.

Pero antes de que como los hermanos de la muchacha muerta, señoras y señores,— nos vayamos al campo como todos los días, afirmémonos en que la vida se realiza en forma circular y cíclica, al menos hasta que se salve la última alma; evolverán las almas y las formas según lo anunció Nietzsche al final del Canto del Baile que acabamos de citar.

Rubén C. Navarro ha muerto. Pero Rubén C. Navarro vivirá siempre. Y todo volverá a ser como fue en nuestros días, los días de cada quien, hasta que podamos es- simultáneamente todos en el seno del poder en que se originaron las capacidades — de amar con que palpitan nuestros corazones, del poder que adoró el Universo — con la presencia femenina, del que encendió en los cielos para ornar nuestras — noches de lágrimas y de besos, las rojas luminarias de los astros.